

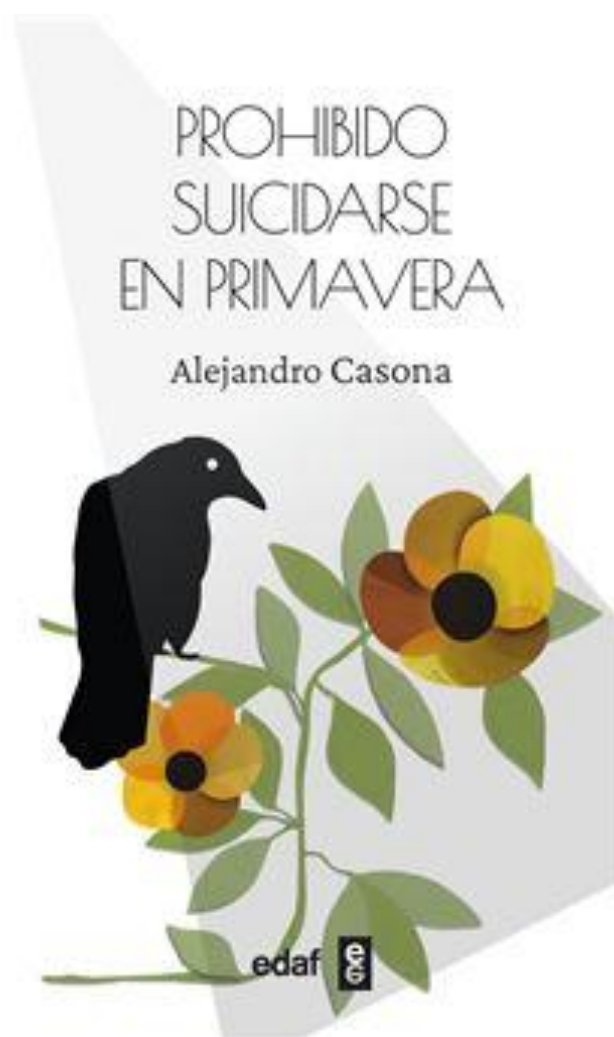


rmbm.org



rmbm.org/rinconlector/index.htm

PROHIBIDO SUICIDARSE EN PRIMAVERA



Alejandro Casona

Casona, Alejandro



BIOGRAFÍA

Alejandro Rodríguez Álvarez, que se hizo conocido como autor teatral con el seudónimo de Alejandro Casona, nació en Besullo - Cangas del Narcea, Asturias, 23 de marzo de 1903. Fue hijo de maestros. Pasó su primera infancia en el pueblo asturiano de Besullo y a los cinco años la familia se trasladó a Villaviciosa. Estudió el Bachillerato en Gijón, y Filosofía y Letras en las universidades de Oviedo y Murcia. En 1922 entró en la Escuela Superior de Magisterio de Madrid, realizó las prácticas en 1927. En 1928 fue destinado como maestro al pueblo de Les (Lérida), en el valle de Arán, como inspector de enseñanza primaria. Allí fundó, con los chicos de la escuela, el teatro infantil "El Pájaro Pinto", y se casó en San Sebastián con Rosalía Martín Bravo, compañera de estudios de Madrid.

En 1931, tras una fugaz estancia como inspector en Asturias y en León, opositó con éxito por una plaza en la Inspección Provincial de Madrid, donde fijó su residencia hasta el comienzo de la Guerra Civil. Proclamada la II República, el recién creado Patronato de Misiones Pedagógicas le asignó el

cargo de director del «Teatro del Pueblo» (1933). Escribía sin cesar obras teatrales y también publicó algo de poesía: El peregrino de la barba florida (1926) y La flauta del sapo (1930). En 1934 recibió el premio Lope de Vega por su comedia La sirena varada, que se estrenó en el Teatro Español con un éxito clamoroso. También ganó el Premio Nacional de Literatura en 1934 por su libro de prosas infantiles Flor de leyendas.

En 1937 tuvo que exiliarse a Argentina por la Guerra Civil Española, Buenos Aires le brindó sin embargo éxitos clamorosos como el de Los árboles mueren de pie estrenada en 1949 y representada ininterrumpidamente hasta 1952.

En 1963 regresó a España tras veinticinco años de exilio, y estrenó una obra sobre Quevedo, El caballero de las espuelas de oro que fue estrenado en el teatro Bellas Artes de Madrid la noche del 1 de octubre de 1964, por la compañía de José Tamayo, con ilustraciones musicales de Cristóbal Halffter.

Murió en Madrid, el 17 de septiembre de 1965.

BIBLIOGRAFÍA

Obras completas de Alejandro Casona, Madrid, Aguilar, 1969.

Teatro:

El crimen de Lord Arturo, Zaragoza, 1929.

La pinga parada, Madrid, 1934.

El misterio de María Celeste, Valencia, 1935.

Otra vez el diablo, Madrid, 1935.

El mancebo que casó con mujer brava, Madrid, 1935.

Nuestra Natacha, Barcelona, 1935.

Prohibido suicidarse en primavera, México, 1937.

Romance en tres noches, Caracas, 1938.

Sinfonía inacabada, Montevideo, 1940.

Pinocho y la Infantina Blancaflor, Buenos Aires, 1940.

Las tres perfectas casadas, Buenos Aires, 1941.

La dama del alba, Buenos Aires, 1944.

La barca sin pescador, Buenos Aires, 1945.

La molinera de Arcos, Buenos Aires, 1947.

Sancho Panza en la Ínsula, Buenos Aires, 1947.

Los árboles mueren de pie, Buenos Aires, 1949.

La llave en el desván, Buenos Aires, 1951.

A Belén pastores, Montevideo, 1951.
Siete gritos en el mar, Buenos Aires, 1952.
La tercera palabra, Buenos Aires, 1953.
Corona de amor y muerte, Buenos Aires, 1955.
La casa de los siete balcones, Buenos Aires, 1957.
Carta de una desconocida, Porto Alegre, 1957.
Teatro selecto, Madrid, Escelicer, 1972.

Cine:

Veinte años y una noche, 1941. Estudios Filmadores Argentinos.
En el viejo Buenos Aires, 1941.
La maestra de los obreros, 1941. Estudios Filmadores Argentinos.
Concierto de almas, 1942. Estudios San Miguel.
Su primer baile, 1942. Estudios Filmadores Argentinos.
Cuando florezca el naranjo, 1942. Estudios San Miguel.
Ceniza al viento, 1942. Estudios Baires.
Casa de muñecas, 1943. Estudios San Miguel.
Nuestra Natacha, 1936 (versión Española), 1943 (versión Brasileña) y 1944 (Estudios San Miguel).
El misterio de María Celeste, 1944. Estudios Sonofilm.
La pródiga, 1945. Estudios San Miguel.
Producciones Enelco) y 1964 (versión Española)
Romance en tres noches, 1950. Producciones Bedoya.
Los árboles mueren de pie, 1951. Estudios San Miguel.
Si muero antes de despertar, 1951. Estudios San Miguel.
No abras nunca esa puerta, 1952. Estudios San Miguel.
Un ángel sin pudor, 1953. Estudios Andes Films.
Siete gritos en el mar, 1954. General Belgrano.

Poesía:

La empresa del Ave María, romance histórico, 1920.
El peregrino de la barba florida, libro de poemas, 1926.
La flauta del sapo, libro de poemas, 1930.

Ensayo:

El diablo en la literatura y en el arte, trabajo de fin de estudios, 1926.
El Diablo. Su valor literario principalmente en España.
Vida de Francisco Pizarro, biográfico.
Las mujeres de Lope de Vega, vida y teatro.

Narrativa: Flor de leyendas

PREMIOS

Premio Lope de Vega (1934)

Premio Nacional de Literatura (1934)

ENLACES

http://es.wikiquote.org/wiki/Alejandro_Casona

<http://www.literaturas.com/MonograficoACasona.htm>

<http://www.alejandro-casona.com/>

<http://www.cinenacional.com/personas/index.php?persona=3994>

<http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=17330>

LA OBRA

Prohibido suicidarse en primavera

https://es.wikipedia.org/wiki/Prohibido_suicidarse_en_primavera

Prohibido suicidarse en primavera es un escrito adaptado a obra de teatro en tres actos escrito por Alejandro Casona y estrenada en el Teatro Arreu de México el 12 de junio de 1937 por la Compañía Josefina Díaz y Manuel Collado.

Argumento

El *Doctor Ariel* proviene de una familia que desde hace varias generaciones, llegando a la etapa de mayor madurez en sus vidas, han decidido suicidarse porque pierden las ganas de vivir. Esta situación afecta al doctor sobremanera y por ello se decide a estudiar la psicología del sujeto fatalista e invertir la fortuna monetaria que posee para crear una clínica llamada "*El Hogar del Suicida*" con el propósito de brindar ayuda y rehabilitación a quien lo necesite y, en caso de fallar, proveer al individuo de los medios necesarios para cumplir con su propósito. Con el paso del tiempo, el hogar va albergando personajes apesadumbrados con vocación de acabar con su vida.

La trama se centra en el *Doctor Roda* (alumno del *Doctor Ariel*) y su ayudante *Hans*, quienes ahora son los nuevos encargados de atender el lugar y brindar sus servicios a los personajes que van apareciendo. Sin embargo, la llegada por error al lugar de dos reporteros, *Fernando* y *Chole*, inconscientemente va contagiando alegría de vivir a los pacientes e incluso alteran la actitud del personal. Finalmente, algunos de los enfermos consiguen recuperar las ganas de continuar adelante.

Personajes

- **Doctor Ariel (No presente):** Debido a que su padre, su abuelo y su bis-abuelo se suicidaron, el doctor dedicó su vida a investigar la mente de los suicidas. Fue profesor del Doctor Roda y murió a los setenta años después de invertir su fortuna en la creación de una clínica que brindará ayuda a los que tuvieran el deseo suicida.

Actores principales:

- **Doctor Roda:** El doctor/director de la casa, así como el actual dueño de esta
- **Hans:** Es el ayudante del Doctor Roda. Antes solía ser un muchacho alegre en su aldea, tenía una cervecería y una familia. Durante la guerra estuvo cuatro años atendiendo en un hospital de sangre, y cuando volvió a su aldea, todo había desaparecido. Buscó trabajo en hospitales y sanatorios, hasta que llegó a la clínica.

- **Fernando:** Es un alegre reportero que al salir de vacaciones con su novia Chole, se pierden en el camino y terminan en la clínica por error; se interesan en esta conforme la van conociendo y toman un trabajo en ella temporalmente. Es el hermano de Juan.
- **Chole:** Una entusiasta reportera y novia de Fernando.
- **Juan:** es el hermano de Fernando y eterno enamorado de Chole, a quien la vida siempre le ha tratado mal y vive en eterna melancolía por no haber conseguido lo que se proponía, razón por la que acude a la clínica para suicidarse (para no matar a su hermano) sin saber que se encontraría con su hermano.

Actores secundarios:

- **Alicia:** Una muchacha pobre y asustadiza quien llega por casualidad a la clínica, al tener una conversación con el Doctor Roda decide quedarse a trabajar como enfermera.
- **Cora Yako:** Una cantante de ópera que aparece de improviso en la clínica para solicitar un servicio propagandista (con base en su experiencia con suicidas) para impulsar aún más su carrera. Encuentra el amor con El Amante Imaginario al conocerle más a fondo.
- **El Amante Imaginario:** Un muchacho joven, ex empleado en un banco quien prefiere mantener su identidad en el anonimato y que sufre desengaño de amor. Se imagina una historia romántica con Cora Yako y luego se hace realidad.
- **La Dama Triste:** Una mujer fatalista sin ninguna historia que contar en su vida. La Dama nunca tuvo amigos o algún tipo de relación sentimental, razón por la que se encuentra ahí. Al final de la obra nos señalan que ella y el profesor de filosofía se enamoran.
- **El Padre De La Otra Alicia:** un hombre triste que había matado a su hija, quien era todo para él, con morfina porque ella padecía una grave enfermedad y no quería verle sufrir. Después conoce a Alicia que trabaja en el hogar y que guarda cierto parecido con su difunta hija, por lo que trata de relacionarse con ella.
- **El Profesor De Filosofía:** No se habla casi nada de él en la obra, pero dan a entender que es indeciso de su muerte ya que se suele tirar al lago para morir pero siempre sale nadando. Al final nos muestran que este y la dama triste se enamoran.

Escenario

Hogar del Suicida, sanatorio de almas del doctor Ariel. Vestíbulo como de hotel de montaña, recordando esos paradores de turismo contruidos sobre ruinas de antiguos monasterios y artísticamente remozados por un gusto nuevo. Todo aquí es extraño, sugeridor y confortable: el mobiliario, la plástica, el trazado de las arquearías, la disposición indirecta de las luces acristaladas. En las paredes, bien visibles, óleos de suicidas famosos, reproduciendo las escenas de su muerte: Sócrates, Cleopatra, Séneca, Larra. Sobre un arco, tallados en piedra los versos de Santa Teresa:

Ven muerte tan escondida

que no te sienta venir

porque el placer de morir

no me vuelva a dar la vida.

Amplia verja al fondo, sobre un claro jardín de sauces y rosales. El jardín tiene un lago, visible en parte, un fondo lejano de cielo azul y montañas jóvenes nevadas. En ángulo, a la derecha, arranca una galería oscura, en arco, con pesada puerta de herrajes, practicables; sobre el dintel, una inscripción que dice: "*Galería del Silencio*". Enfrente, otra semejante, pero clara y sin puertas: "*Jardín de la Meditación*".

Autor

Alejandro Rodríguez Álvarez, más conocido como Alejandro Casona, o también "*El Solitario*", fue un maestro, inspector de enseñanza, dramaturgo, director teatral, guionista, recopilador teatral y autor de cuentos y mitos universales, traductor y ensayista de la generación del 27.^[3] Nació en 1903 en Besullo (Asturias). Estudió Filosofía y letras y se graduó en la Escuela superior de magisterio, ejerciendo como maestro rural en el Valle de Arán. Director del «Teatro del Pueblo», que formaba parte de las Misiones Pedagógicas de la segunda República española, obtendría en 1933 el Premio Lope de Vega de Teatro por su obra *La sirena, varada*, y el Premio Nacional de Literatura por *Flor de Leyendas*. Exilado en 1939, se afincaría en Buenos Aires dos años más tarde. A su regreso a España (1962), dio a las tablas una nueva pieza teatral, de carácter histórico, *El caballero de las espuelas de oro*, donde aprovecha el personaje de Quevedo para exponer sus ideas sobre España. Murió en 1965.

Representaciones destacadas

- **Teatro** (Estreno, 1937). *Intérpretes*: Josefina Díaz de Artigas, Manuel Collado, Mary Carrillo, Manuel Díaz González.^[5]

- **Teatro** (1965, estreno en España). *Intérpretes*: Lina Canalejas, Armando Calvo, Carmen Sáenz, Ángel de la Fuente, Manuel Díaz González.
- **Teatro** (2014, estreno en inglés en Nueva York). "Suicide is Prohibited in Springtime". Presentado por Teatro TEBA. Dirigido por el puertorriqueño Héctor Luis Rivera. *Intérpretes*: Alex Manzano, A.B. Lugo, Jennifer Queen, Maria Richardson y Dennis Maragliano.
- **Televisión** (29 de marzo de 1967, en el espacio de TVE *Estudio 1*). *Realización*: Gustavo Pérez Puig. *Intérpretes*: Gemma Cuervo, José Bódalo, Fernando Guillén, María Luisa Ponte, Ana María Vidal, Pablo Sanz, Manuel Galiana.
- **Televisión** (1981, en el espacio de TVE *Estudio 1*). *Dirección*: Sergi Schaaff. *Intérpretes*: Rosa María Sardà, Francisco Balcells, Armando Aguirre, Marta Padovan.

Referencias

- Ficha de la emisión de televisión, en IMDb.
- Crítica del estreno de la obra en Madrid, en el n.º del 13 de febrero de 1965 diario ABC.

ALEJANDRO CASONA Y SU RELACIÓN CON MURCIA

FRASQUITO FERNÁNDEZ NOS CUENTA LA RELACIÓN QUE TUVO CON MURCIA EL DRAMATURGO ALEJANDRO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ (CONOCIDO COMO ALEJANDRO CASONA)

<https://www.orm.es/programas/murcia/murcia-platicando-abonico-sobre-alejandro-casona/>

CASONA EN MURCIA: UNA ETAPA DECISIVA

<file:///C:/Users/joaquin/Downloads/casona-en-murcia-una-etapa-decisiva-979345-1.pdf>

Sabida es la singular importancia que tuvieron en la trayectoria biográfica de Casona los años pasados en Murcia, ciudad a la que habían sido destinados sus padres, funcionarios ambos del magisterio —maestro su padre, don Gabino Rodríguez Álvarez; Inspectora de Enseñanza primaria su madre, doña Faustina Álvarez García—. Esta importancia radica esencialmente, a mi modo

de ver, en que en esa época se decidió el futuro literario del que, con el tiempo, se habría de convertir en uno de nuestros dramaturgos más conspicuos. En Murcia y en esos años (1917-1922) que daron cimentadas con firmeza, fraguadas definitivamente, por las influencias que después señalaremos, las aficiones literarias de Alejandro que iban a derivar paulatinamente hacia el ámbito concreto del teatro, como el propio autor ha confesado más tarde en repetidas ocasiones'.

Esas influencias, que actúan sobre una sólida y amplia base cultural que ya poseía el despierto mozalbete asturiano, adquirida en el seno de su propia familia, son de dos órdenes: por una parte, influencias de maestro sobre discípulo; por otra, influencias de los amigos y compañeros de estudios que frecuenta. Entre las primeras, eslabón inicial sin las que no se podrían calibrar cabalmente las otras tenemos que hacer hincapié, en particular, en las que recibe el joven Alejandro mientras cursa los tres últimos años de Bachillerato en el Instituto General y Técnico de Murcia, hoy de Alfonso X el Sabio. Al llegar a la ciudad del Segura para iniciar el cuarto curso tiene 14 años; al finalizar el sexto y último de sus estudios medios, 17. También convendría señalar las que operaron sobre él en el movido año académico 1920-21 en el Conservatorio Provincial de Música y Declamación (hoy Conservatorio Profesional de Música y Escuela de Arte Dramático), en donde se matriculó libre, según documentos de que dispongo, para seguir las clases de Declamación, asignatura que explicaba entonces el ilustre poeta Jara Carrillo (1876-1927). Al cuerpo docente de dicho centro pertenecían también por entonces Dionisio Sierra y Massotti. Allí en el Conservatorio se le contagiaría, al mismo tiempo, la pasión desenfadada por el teatro que le imbuirían sus amigos y condiscípulos, aunados todos en

la misma fiebre incontenible, que a más de una locura juvenil les iba a impulsar, en el mismo entusiasmo a ultranza por las tablas.

Pero examinemos primero las influencias de los maestros. La persona que, en los años de Bachillerato, probablemente más poderosa influencia ejerce sobre sus inclinaciones literarias, estimulándolas y alentándolas, polarizándolas y orientándolas con pericia fue, según creo, don Andrés Sobejano Alcayna, profesor a la sazón de las disciplinas literarias en el mencionado Instituto murciano de segunda enseñanza. Don Andrés, nacido en 1890, tiene entonces, en el momento de producirse los primeros contactos con Alejandro, es decir, en 1917, 27 años. Se encuentra, pues, en plena juventud y hay que imaginarle —cosa fácil desde nuestra actual perspectiva— no solamente como un profesor de preceptiva y composición literarias —o de historia de la literatura— a secas, sino como al hombre joven con ilusiones y propósitos creadores, poeta también y escritor en formación, que no se limita a explicar su asignatura retóricamente sino que vive y siente lo que dice, participa del temblor de los poemas que recita e interpreta, define sus propios gustos en armonía o en oposición a los estilos y a las tendencias que estudia.

Esta influencia de don Andrés, significativa y relevante sobre todo en función de decidir la dedicación futura del joven Alejandro por las letras —aunque no se trasluzca posteriormente de una forma concreta en sus obras escénicas, a mi entender, pero sí, en cambio, en las poéticas, de sello inicialmente modernista— la ha confesado paladinamente el propio dramaturgo. En los tiempos ya lejanos de preparación de mi tesis doctoral, y durante una de mis estancias en Murcia siguiendo las huellas de Casona, mi buen amigo don Julio Reyes tuvo la gentileza de poner

a mi disposición su abundante correspondencia amistosa con el escritor asturiano, afincado desde 1939, como se sabe, en Buenos Aires. En una de esas cartas, la fechada el 5 de mayo de 1951, habla el comediógrafo de sus maestros murcianos, de la trascendencia que tuvieron en su vida y menciona —por primera vez, que yo sepa— a don Andrés Sobejano entre los que ejercieron sobre él un benéfico y al propio tiempo decisivo magisterio. El primer párrafo de esa carta dice literalmente:

«Mi querido amigo: He recibido tu carta (de manos de Loredana) con la alegría y la nostalgia juntas que nos traen siempre el recuerdo de cosas, épocas, amigos y lugares que tienen sitio antiguo en el corazón. Mis años de Murcia (quizás embellecidos por la distancia) están entre las cosas mejores de mi vida. Y naturalmente, con ellos, los compañeros de entonces que me recuerdas: Pepe el Confitero, Pellicer, Antonio Martínez, Prior; y los viejos maestros ya desaparecidos: Andrés Sobejano, Dionisio Sierra y el gran poeta Jara Carrillo. Todos ellos y vosotros, cada uno un poco, habéis tenido la culpa de que yo tomara este camino del teatro; camino empezado ahí y seguido luego fervorosamente a lo largo y lo ancho de tantos países, hasta el punto de que ya el teatro no es para mí lo que se llama una segunda vida sino mi vida única y total. Me une a Murcia mi juventud con todas sus iniciaciones; me une a vosotros una inquebrantable amistad agradecida... y esta especie de complicidad literaria.»

En ella, como puede apreciarse, recuerda Casona a «los viejos maestros ya desaparecidos», manifiesto error en que se encontraba originado por equivocadas informaciones que se le dieron y que sólo se desharía más tarde² al escribirle el propio don Andrés unas breves líneas en una carta del hijo de un amigo común, don José Martínez Gilabert. La vida fecunda de don An

drés se prolongaría aún hasta el 5 de noviembre de 1969, adelantémoslo ya, con lo que sobreviviría aún en más de cuatro años a su egregio discípulo.

Pero volvamos, después de este inciso, a donde nos quedamos más arriba. Me interesaría que quedara bien sentado que Alejandro está ya en Murcia en 1917 porque consta documentalmente que está matriculado para las asignaturas del curso cuarto del Bachillerato y que sigue las clases correspondientes en el Instituto. Estoy en situación de afirmar esto porque tengo ante mi vista una fotocopia de la certificación académica oficial, extendida el 17 de agosto de 1920 y que contiene las notas de todo el plan general de estudios. Al final de ella se hace constar que «tiene hecho el depósito que marca la Ley para obtener el Título de Bachiller»³.

Me parece sintomático y curioso a la par que de las mejores notas obtenidas en esos años —cuatro sobresalientes con matrícula de honor —, dos sean en las materias que tenía a su cargo don Andrés Sobejano: «Preceptiva literaria y composición» y

a Madrid para felicitarle efusivamente, para alegrarse cordialmente con él por el sonado triunfo alcanzado: «¡Qué radiante estaba Alejandro, —nos relata don Andrés¹¹¹²— a las muy pocas noches del soñado estreno, en el saloncillo de aquel teatro, donde tuve el placer de abrazarle, entre elevadas figuras de la escena y la literatura, a las que nos fue presentando a mí y a algunos otros murcianos que me acompañaban...!».

Habrán de pasar casi veinte años más (1934-1953) para que esa amistad nunca interrumpida en el corazón se reanude en la correspondencia, al ser aclarado, como ya expusimos antes, el error de información en que vivía Casona respecto a don Andrés Sobejano. Enterado, pues, el ya encumbrado dramaturgo de que su antiguo maestro vive, le tendrá presente Casona en varias de sus cartas posteriores, en las que se expresa siempre en términos cariñosos al referirse a él. Un ejemplo: «Querido Julio: Recibí oportunamente tu carta tirándome de las orejas por no haber contestado a otra anterior, que recibí también, en la que

me dabas noticias de mi querido y siempre recordado maestro Sobejano, al que envió aquí un fuerte abrazo» '2.

Creo que fue durante una de mis estancias en Murcia, en 1962, cuando, por medio de mi buen amigo don Julio Reyes, siempre tan servicial y atento, tuve el gusto y la satisfacción de conocer personalmente a don Andrés Sobejano, de disfrutar charlando con él, de visitarle en su despacho del Museo Provincial de Bellas Artes, del que era director, de departir con él largamente sobre Casona. Tuve oportunidad entonces de calibrar, de paso, su profundo saber, su modestia, su franqueza y amabilidad, su sencillez y afecto. En esa ocasión me mostró una carta de Casona, recibida tiempo antes, de la que saqué una copia. En ella se corrobora una vez más lo que ya sabemos bien, desde el principio —el ha

, pasando por

esa elocuente y agradecida afirmación de capital importancia:

«Me gustaría volver a esa Murcia, donde usted puso en mis manos los primeros poemas que me despertaron a las letras». Pero veamos entera esta carta que, por lo que puedo afirmar, se publica ahora por primera vez. Está fechada en Buenos Aires el 11 de agosto de 1960 y en ella escribe Casona:

«Querido maestro y amigo: Quizá no se imagina bien la alegría que me dio la llegada de su Sombra y vislumbre. Hacía años, muchos años, que no sabía nada de usted. Y alguna mala información me había hecho creer que ya no tendría noticias. En ese estado de ánimo, abrir su libro fue como recibir de repente un abrazo cálido y lejano. Gracias por haberme recordado, y gracias por seguir firme, serenamente, en su guardia de poeta.

Su libro no es triste como usted cree. No es una sombra que recorre una vida. Es, sí, de una tierna melancolía, que igual abarca al hombre que a sus utensilios y su paisaje. Hay una frontera nebulosa donde la melancolía y la sabiduría se encuentran ¿acaso están separadas alguna vez? En esa frontera están sus torres y su fe y sus tempestades interiores, y los ojos de endrina que ya no pueden reservarnos sorpresas milagrosas.

Tiene también la intimidad y el gesto recoleto de la vida provincial. No lo digo como limitación. He recorrido muchos países, y lo mejor de todos —su alma secreta— lo he encontrado siempre en las provincias. Precisamente... «al viejo concertante de las torres».

Releo su Salve de Auroros en memoria de nuestro querido Jara Carrillo. ¿No es grata coincidencia que también estos días

haya recibido un libro de él, enviado por su sobrino?

Me gustaría volver a esa España que no olvido una sola hora de mi vida, y que desde lejos he aprendido a amar con más fuerza y pureza. Me gustaría volver a esa Murcia, donde usted puso en mis manos los primeros poemas que me despertaron a las letras. Sé que no son más que sueños, pero... En América es difícil el sueño; hay demasiados despertadores por todas partes. Y siado grande. El que dijo que el hombre es la medida de todas las cosas, lo dijo antes de 1492.

Quizá debiera decirle algo de mí. No sé qué. Vivo poco. Voy tirando. He tenido grandes éxitos, eso sí; mis obras corren por esos mundos a más y mejor. No hace mucho anduve tras ellas por Europa: Francia, Italia, Bohemia, Moravia, Viena... En Praga presencié una de mis mejores representaciones; no sé nada del idioma, pero como sabía en cada momento lo que los actores estaban diciendo, era como oír cantar a los pájaros y entenderlos. En algunas ciudades (en Moscú y en Atenas, por ejemplo) están haciendo dos obras mías al mismo tiempo. Si pudiera viajar continuamente, esto llenaría bien una buena parte de mi vida. Pero tengo que estar aquí, tengo que trabajar aquí. Paciencia. Tengo en cambio una casa feliz y algunos —muy pocos— buenos amigos. Y en el Uruguay, para los veranos, una casita deliciosa entre los pinos, con aire de sal y retumbar de olas. Parva, pero mía. El huerto de Lope («breve como cometa») tenía cuatro varas. El mío tiene mil metros. Bien está que le gane en metros de tierra lo que él me gana en todas las demás tallas.

Bueno, querido maestro, hemos charlado un rato. Que no sea la última vez. Quizá tenemos amigos comunes: Félix Sánchez Pérez, en la Alcaldía; Julio Reyes, Anita Puig, Ruiz Funes... (Hay un excelente poeta nuevo por ahí: Julián Andúgar...). Para todos, los mejores saludos, y un gran abrazo de su invariable A. Casona.» Esa España que, al decir del comediógrafo astur «no olvido ni una sola hora de mi vida y que, desde lejos, he aprendido a amar con más fuerza y pureza», esa España la vería de nuevo nuestro autor, después de veinticinco largos y duros años de exilio, en 1962, con ocasión del estreno en Madrid de *La dama del alba*, que me deparó la oportunidad inesperada de conocer personalmente a Alejandro. Su vuelta a España tiene lugar, pues, unos dos años después de escrita la carta que antecede. Pero se establece definitivamente en Madrid en 1963. En 1964 hace, por fin, el ansiado viaje a su querida y recordada Murcia de su adoles

cencia y primera juventud, y entonces tiene lugar el reencuentro personal con su no menos querido maestro don Andrés con la

alegría que es fácil imaginar. Don Andrés tiene ahora 74 años; Casona, 61. El primero nos lo cuenta así: «En el pasado año de 1964 vino por acá, sin apenas anuncio previo, nuestro eximio autor, camino de Cartagena, para asistir al estreno de su biografía escenificada de Quevedo El caballero de las espuelas de oro. Los que tuvimos la suerte de acompañarle algunas horas de su viaje, por nuestra ciudad, donde buscaba su antigua casa, hoy desaparecida por nuevas construcciones, y los alrededores pintorescos que recordaba, pudimos apreciar qué cantidad de gozo y de cariño ponía espontánea y fervorosamente en todo lo relativo a la capital donde se moldeó su primera y fundamental vocación literaria»,³.

Pocos meses antes de morir Casona, aún le escribió una carta autógrafa «que su muerte me ha convertido en reliquia»,¹³¹⁴ según manifiesta don Andrés. Casona falleció en Madrid, como se recuerda, el 17 de septiembre de 1965, quedando así truncada para siempre esa entrañable y añeja amistad entre él y don Andrés Sobejano.

En la noche del 24 de septiembre del mismo año, el Grupo de Teatro Latino organizó en Murcia —Aula de Cultura de la Caja de Ahorros— un acto literario-necrológico de homenaje al ilustre autor teatral desaparecido: «Meditación en torno a Alejandro Casona». Dicho acontecimiento fue encabezado por un extenso prólogo introductorio de don Andrés Sobejano, verdadera rememoración cordial y detenido estudio de la personalidad y de la creación del comediógrafo de Besullo, enfocado sobre todo desde la perspectiva murciana y orientado a considerar sus principios literarios¹⁵. Difícilmente se hubiera podido elegir una persona más idónea para ofrecer y presentar ese homenaje de amistad y esa valoración literaria porque pocas personas habrán podido seguir como él, con tanto interés, con tan sincero afecto, la trayectoria literaria del insigne dramaturgo, ya que él, como hemos tenido ocasión de comprobar, le ayudó decisivamente a encontrarse a sí mismo, a descubrir sus posibilidades de escritor y de poeta, a escoger el difícil camino de la creación literaria, a la que el propio don Andrés tantos y tan valiosos tributos ha rendido,⁶. Ese homenaje terminaba de una forma significativa: el maestro,

aunado con el poeta, con lúcido conocimiento crítico y fino sentimiento e inspiración a la vez, le dedica al antiguo alumno, ya célebre dramaturgo en el firmamento escénico español de siempre, una semblanza en verso, apretada y acertada síntesis del quehacer teatral casoniano, que me gustaría reproducir aquí:

«Este mago de la escena/de rosada frente calva/plasmó una Dama del alba/y varó esquiva Sirena./Su dramaturgia está llena/de realismo y fantasía./Es humana y es del día;/y en deliciosa ficción/une ironía y pasión/en un nimbo de poesía»¹⁶¹⁷.

Pero antes de dar por terminado el presente trabajo, para redondear el cuadro, todavía unas líneas, aunque breves, acerca de D. Andrés, además de profesor del Instituto de Enseñanza Media (hoy Alfonso X el Sabio) y de director del Museo Provincial de Bellas Artes, fue funcionario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, director de la Biblioteca de la Universidad de Murcia y de la Casa de Cultura, profesor honorario de la Facultad de Filosofía y Letras, miembro fundador y de número de la Academia de Alfonso X y académico correspondiente de la Real de Bellas Artes de San Fernando y de San Jorge de Barcelona. El profesor M. Muñoz Cortés afirma de él que fue "escritor, poeta de fidelidad a su momento juvenil, y que supo en sus poesías dar calidad y autenticidad a las modalidades del modernismo, fundidas con las nuevas corrientes muy conocidas por él; amigo de Pedro Salinas, de Jorge Guillén, de Dámaso Alonso, de Cayetano Alcázar, siempre fiel servidor en cuanto necesitaban, lector de sus obras, comentarista de cuanto aparecía; la literatura francesa encontró un insuperable traductor en él y, entre otras, fue notabilísima su versión de Claudel ("Línea" de Murcia, 5 de noviembre de 1969). D. Andrés publicó, sobre todo en la prensa diaria y en revistas murcianas, incontables artículos y composiciones poéticas y pronunció numerosas conferencias —como la del homenaje a Casona ya citada— de contenido literario y cultural, Es autor también de la biografía El Cardenal Belluga, editada en 1963 por la Academia Alfonso X el Sabio y del libro de poemas, que tuvo la gentileza de regalarme, Sombra y vislumbre, premio de poesía "Polo de Medina 1959", editado en 1960 por el Patronato de Cultura de la Diputación de Murcia.

de las influencias ejercidas sobre Alejandro, mientras estudiaba en Murcia, por sus condiscípulos y amigos, sobre todo con los que entró en contacto al asistir a las clases del Conservatorio —curso 1920-1921—, que simultaneaba con las del preparatorio

en la Facultad de Filosofía y Letras. Creo que nadie más indicado que el propio Casona para relatarnos las incidencias y los por menores de aquellos tiempos de iniciación artística, de despre ocupación juvenil, de alegre espíritu de aventura y de descubrimientos de toda índole. En carta fechada en Buenos Aires el 30 de octubre de 1947 y dirigida a su amigo murciano de aquella época, el actor don Antonio Martínez Ferrer, deja traslucir Casona una nostálgica y sincera emoción apenas velada al recordar la Murcia de sus años mozos a través de esos detalles graciosos y pintorescos, de esas expresiones de tan honda y sazónada rai gambre murciana. En esa carta escribe:

«Muy querido Antonio: Acabo de recibir con alegre sorpresa tu carta desde Asturias. Me emocionó trayéndome de golpe tantos recuerdos de nuestra juventud, de nuestras primeras ilusiones, de nuestros sueños y escapatorias y de aquella bendita tierra de Murcia, árabe, sucia y bohemia. Son cosas —primeros capítulos de una vocación y de una vida— que no pueden olvidarse jamás. Sólo con leerte me parece oírte hablar, de pronto todos esos recuerdos desfilaron atropelladamente. Cuando yo llegué a Murcia no sabía siquiera lo que era el teatro; te conocí en el Conservatorio (Dionisio Sierra, Jara Carrillo, Massotti) ensayando *La señorita se aburre*; nos hicimos amigos en un momento y para siempre. Y tu afición loca a todo lo que es el teatro (desde la bambalina a la frase, desde el soflamez a la candileja y desde el hombre al personaje) me fue contagiando poco a poco y derivando hacia el escenario mis aficiones literarias. Recuerdo tus grandes admiraciones de entonces: en el repertorio Galdós, *Dicenta*, *Guimerá*; en el elenco la Xirgu, Borrás, Morano. Y fui actor espontáneo contigo. ¿Recuerdas aquellas giras de domingo a Espinardo, Jabalí Viejo, La Ñora, Zairaiche? ¿Y aquella escapatoria con dos actrices gordas con flemones, y aquel hambre con calor y sin techo en San Pedro del Pinatar? ¡Era la educación

heroica para poner a prueba una vocación, «la legua», donde empieza la historia del teatro español! Nuestro «arlequín» se llamaba Pepe el Confitero, nuestro «volpone» Guillermo, y nuestro «capitán», Prior. ¿Qué ha sido de todos ellos? Tú resolviste en seguida dedicarte por entero al teatro, abandonando hogar y oficina; yo, con más ataduras burguesas, tardé aún unos años; pero aquí estoy contigo, en esta gran familia común del teatro; separados por un ancho mar, pero unidos por recuerdos y emociones

perdurables. Lo primero es lo que queda más hondo. Yo puedo olvidar el nombre de un gran concertista que escuché en La Habana, o la cara de una extraordinaria actriz que me conmovió en París; pero todavía recuerdo el ojo tuerto y los caballitos de cartón de Capdevila, el viejo portero gruñón del teatro Romea que nos dejaba pasar alguna vez a ver los incendios y las inundaciones de Rambal o el salto de Borrás en la mesa rural de Manelic, y el desfile con tramoya pueril del «Entierro de la sardina» por la calle Platería (donde estaba el balcón de mi primera novia) y «El bando de la huerta» con sus romances «panochos» y el «Coso blanco» donde ensayaba Planes sus estatuas, y los caramelos con aleluyas al paso de las procesiones de Salzillo! ¡Época de fe en todo, de descubrir una maravilla cada día, de juegos florales provincianos, de charlas interminables entre la doble fila de chumberas del Malecón hasta el Plano de San Francisco, y de locos proyectos donde todo era hermoso porque todo era imaginación sin riendas! ¿Era realmente hermosa Murcia o es simplemente porque éramos jóvenes? Lo único que sé es que entonces cuatro versos y un plato de michirones hacían una tarde feliz... En fin, basta de recuerdos. Bien están ahí donde están, en el fondo del alma, con toda su pureza ingenua y su valor de ayer. La vida hay que tomarla como viene y la nuestra ha venido últimamente con las del Beri. El único consuelo es el profundo convencimiento de que no fue nuestra la culpa. A torearla en su terreno.»

En una segunda carta, enviada unos meses más tarde —3 de marzo de 1948— a otro de sus buenos amigos murcianos, don José Martínez Gilabert, y fechada en Punta del Este (Uruguay) —donde solía pasar las vacaciones —, insiste Casona en las inolvidables andanzas vividas conjuntamente:

«Querido Pepe: No te imaginas la alegría que me dio recibir tu carta; fue como si de golpe me volvieran juntos todos los felices recuerdos de nuestra Murcia de hace veinticinco años, nuestras ilusiones y nuestro fervor por el teatro, nuestras salidas de cómicos de la lengua por esos pueblos de Dios, y toda aquella bohemia alegre y juvenil del Conservatorio. No se me ha olvidado tu Arlequín; ni el primer día que te conocí (en un ensayo de La señorita se aburre) ni mi debut como actor, que fue a tu lado haciendo *Coba fina* en un pequeño teatro de la calle Vara de Rey (Teatro Ortiz). Recuerdo tu barrio, tu confitería y toda tu disparejada gracia, que por tu carta veo que no has perdido. A conti

nuación de tu carta me llegó el sobre con el retrato de La casita blanca. ¡No podías haberme hecho regalo mejor!

Si algún día cambian las cosas y los vientos, mi ilusión será el regreso a España; y para entonces te prometo que mi primera excursión será a Murcia a darte un abrazo y recorrer contigo nuestros queridos lugares de antaño; donde, burla burlando, me nació la vocación y la fe de esta profesión, a la que hoy debo una vida digna en el destierro de América.»

Y nada más. Me atrevo a pensar que con los testimonios aducidos anteriormente, queda bastante claro ese papel decisivo que la época de Murcia tuvo en la génesis de esa insobornable afición, —pasión, diríamos mejor— a la literatura y en especial al teatro de Alejandro, soterrada al principio pero manifiesta, incontenible y triunfante después.

En noviembre de 1969, me escribió don Julio Reyes desde Murcia, comunicándome la triste noticia del fallecimiento de don Andrés Sobejano, figura «de hondo valor humano, de finura intelectual, de saber lleno de sal y de hombreidad, gran amigo de todos», como expresó en esa ocasión, con justas palabras, el profesor Manuel Muñoz Cortés, que bien le conocía¹⁸.

Estas líneas, además de intentar poner de relieve primordialmente la decisiva importancia de la etapa murciana en la dedicación al teatro de Casona, quieren ser también, al mismo tiempo, un modesto testimonio de respeto y admiración, de afectuoso recuerdo en particular a esos dos hombres de bien que nos han abandonado en fechas todavía recientes, Casona y don Andrés, y a la generosa y ejemplar amistad que les unió a lo largo de tantos años, tan fecunda y provechosa para nuestras letras.

J. Rodríguez Richart